

PINTAR SU ALDEA

MATÍAS RODRÍGUEZ

Azul Cordo



Comparten la noche el perro, el gato y la moto. Uno con ladridos que mastican la oscuridad, otro peleando en los techos de chapa y la cilindrada rompiendo el silencio negro de Las Piedras.

Amanece gris, despacio y denso. A diez cuadras de la plaza céntrica alguna gallina cacarea, le avisa al perro que deje de custodiar lo que no puede. Un poco más acá, Matías Rodríguez prepara el mate y sale desde su casa montado en una bicicleta naranja.

Viene de un mundo “triste y alegre, tierno y cruel, bello como todo”, diría el poeta surrealista francés Jacques Prévert.

—Cada vez que veo su arte no puedo creer, pensando en lo que vivió, lo que ha pasado. Es sublime. Está despegado —dice Jorge Gaeta por teléfono, recordando a Matías y los dibujos que hace ahora. Ahora que tiene 22 años, o desde hace una década cuando le regalaron una caja con lápices de colores, tras descubrir un par de ilustraciones en la libretita que llevaba para todos lados.

Jorge Gaeta trabaja desde hace más de 20 años como educador popular. Conoció a Matías en 2006 cuando tenía 10 años y andaba junto a su hermano Diego y otros gurises “que hoy ya no están” por las calles de Corfrisa.

Así se llama el barrio donde Matías se crió. Una “zona roja”, dirá él. Un barrio “complicado”, definirá Gaeta, “por las bocas de pasta base”. Un lugar muy estigmatizado porque se dice que los malandros están ahí, agregará un vecino.

—Hay como veinte bocas. Desde que soy chico siempre fue así.

Corfrisa es homónimo del frigorífico que rodea las ca-

sitas de ese barrio: el primer lugar donde el Ministerio del Interior realizó un megaoperativo policial por fuera de Montevideo, en el año 2011, para “incautar drogas y motos robadas”, informaba la prensa en esos días. Matías cebe un mate y recuerda los helicópteros, los milicos entrando a las casas, las detenciones.

—Van con todo, pero no sé si sirvió de algo, la gente se renueva.

Cinco años antes de esos operativos de saturación, Jorge recorría por la tarde la ciudad canaria de Las Piedras. Junto a otros dos compañeros de El Abrojo identificaron a Matías, a su hermano y a los que ya no están (por muertos o por presos) que andaban en la calle.

—Nos poníamos a jugar en el campito de Corfrisa. Les llevábamos una leche calentita.

Comenzaba a gestarse Trampolines, un espacio de puertas abiertas que El Abrojo crearía con el apoyo de Unicef y luego del INAU, destinado a actividades lúdicas y socioeducativas, por donde pasan unos 120 niños y niñas de entre 6 y 12 años de edad, que están en situación de calle o en otras condiciones de vulnerabilidad social. Luego sumaron talleristas y maestras. Por ese entonces, el hambre era un indicador claro para captar niños que andaban en la vuelta. Hoy “las situaciones por las que los gurises andan en calle son más complejas o específicas”, dicen desde la Asociación Civil que celebra 30 años de existencia.

En Trampolines, Matías, que ya tenía ojos grandes, ovalados, apenas achinados, que ya usaba gorros azules y miraba de reojo a la cámara, paseó y acampó por el país y comenzó a expresarse artísticamente, a “canalizar”, dirá Gaeta.

—Trabajábamos todo lo que tiene que ver con el hacer y con descubrirse, ver en qué puede ser bueno cada uno.

Recuerda este educador salesiano que “los gurises tenían

problemas actitudinales (en la escuela) porque no podían canalizar por otro lado, no se podían expresar”. Mediante talleres como plástica y arte escénico “se despiertan otras habilidades que los gurises no las pueden despertar en otros lugares: lo corporal, el sentir”.

Sabrina Speranza es el primer nombre que recuerda Matías por sobre todas las talleristas y educadores que ha tenido:

—Hacíamos teatro con Sabrina Speranza —dice sentado en uno de los bancos de madera que hay en la plaza—. Era todo lo diferente a lo cotidiano.

—Un divino, Matías. Un sobreviviente. No sé el hermano en qué está, también me acordé pila de él. Corfrisa estaba salado a nivel del imaginario social. Fui tallerista de teatro durante años en Trampolines y en aquel momento Matías ya pintaba con una sensibilidad especial —rememora la actriz multiplicadora de teatro del oprimido.

Fernando Ferreira, Diego Olivera, Jorge Gaeta, son otros referentes que el joven recordará de su paso por el club de niños, así como La Banda del Loco Meñique, una grupo de música infantil que surgió del taller de música que funcionaba en Trampolines.

Además de teatro, el barro era su material favorito para la creación artística durante los talleres de plástica. Y hacer mil paseos, por todo el país.

Tras dos años de estar en Trampolines, el pequeño pisaría la adolescencia y el límite de edad para permanecer en el club de niños. Los abrojeros pensaron que era necesario seguir trabajando con esos gurises, acompañarlos, y crearon el club juvenil Mandala Vos: “Una extensión de Trampolines —define Matías— que tuvo y tiene un fuerte anclaje en lo artístico y en el apoyo al estudio.”

En Mandala tuvo su primer taller de animación y tiempo después se formaría él mismo como animador, con capacita-

ción de El Abrojo. Gaeta opina que así se forma a los gurises de manera más integral.

—Mientras juegan, se ríen, aparecen emociones de ellos, se animan a más. Como educadores hay que aprovechar la expresión para trabajar cómo se sienten como adolescentes y permitirles mostrarse de otra manera.

Matías era un gurí como “para adentro”, le costaba demostrar las emociones, a los 14 o 15 años tuvo como cierta tensión entre ser él o seguir los pasos de algunos de sus amigos que se estaban “autodestruyendo”, dice Gaeta.

—Ahora está despegado. La expresión artística fue liberadora para él: poder sublimar por ahí, desconectarse de sus mambos. Creo que si sigue así le va a ir muy bien.

Así, con autorretratos, con murales.

—Estoy tratando de dibujar lo que siento.

Así, con trazos a veces coloridos, a veces monocromáticos. Con ojos grandes intentando averiguar qué hacen ahí.

—El surrealismo me encanta —dice en esta extraña mañana de otoño, mañana de mayo. En pocas horas la temperatura ascenderá a 26 grados celsius, algo surrealista. Luego vendrá una lluvia que durará días, de esas tormentas cercanas al presagio que dice que lloverá siempre.

Dalí, Picasso, Frida, Rivera. Matías nombra aquellos artistas que influyen en su arte. De Uruguay se disculpa por no gustarle ni Figari ni Torres García. En cambio, admira a Carlos Páez Vilaró:

—Yo saco mucho del estilo de él: la forma de pintar, las figuras.

Por participar en Trampolines y Mandala “conocí lugares que nunca hubiera imaginado”, entre los que estuvo Ca-

sapueblo, el mundo blanco de Páez Vilaró en Punta del Este.

Matías viene de pasar un fin de semana movido, emocionante. Viene de un éxito. El viernes 25 de mayo se presentó el libro *La casa y otros relatos* de Diego Borges en el centro cultural Miguel Ángel Pareja, el único centro cultural de Las Piedras, ubicado frente a la estación de tren. Cada relato del libro tiene sus dibujos.

—Hay pila de gente que no esperaba que un chico de un barrio determinado pudiera ilustrar un libro.

Borges conoció al artista a través del Padre Mateo, coordinador del proyecto salesiano Minga, y le encargó las ilustraciones. Para eso le mandaba un cuento cada 15 días, Matías dibujaba y le enviaba la ilustración al narrador para sus ajustes y comentarios.

Guarda el libro dentro de una carpeta grande donde tiene “gran parte de su vida”: en cada folio hay certificados de talleres y cursos a los que ha asistido.

Sin embargo lamenta que desde El Abrojo no lo hayan llamado de nuevo como animador, tras la experiencia laboral que tuvo en el verano en Repique.

—La docencia me gusta. A través de la plástica se puede entrar pila con los gurises.

Lo sabe por él mismo y porque ahora lo prueba cada tarde de sábado en su labor de animador que hace en el Oratorio de los Salesianos, con niños y familias del barrio.

Caminamos hacia el local de Mandala, a media cuadra de la plaza. En el patio, una ronda de niños hace percusión corporal con el profesor. A la izquierda está el salón de plástica, de techo bajo y mesas largas de madera, con estantes que sostienen máscaras de barro y aroma a témpera. Matías se proyecta como tallerista.

—¡'Tas loco, me moví por todos lados con El Abrojo! —dice entusiasmada Belén Dolci, compañera de Matías en Mandala, recordando su pasado reciente—. Con el Mati pasamos pila de cosas en El Abrojo. Siempre al firme. Me conoce desde que iba a Trampolines, cuando tenía 11. Desde los 12 nos hicimos amigos y ahora voy a cumplir 20, imagínate. Compartimos mucho el tema de la música, los dibujos. Él era mi mejor amigo —dice con voz seca y cascada, los ojos entrecerrados, mientras sale a hacer un mandado.

A diferencia de Matías, que pudo encontrar apoyos en El Abrojo y en Proyecto Minga, donde pudo conocer a otros adultos que le solventaran hojas y cajas de lápices y la boletería para viajar todos los días a estudiar en la UTU “Escuela de Artes y Artesanías Eduardo Figari” en Montevideo, Belén se siente sobrecargada:

—A nosotros después de cumplir los 18, el INAU nos pega una patada en el culo y nos tenemos que rescatar solos. Ahora ando acá viendo si puedo hacer algo, conseguir un trabajo... porque hay mucha gente que espera de mí, mi mamá, mi abuela, dependen de mí, de que consiga todos los días para comer.

Ella dice estar “re agradecida” al Abrojo, “toda nuestra familia participó en El Abrojo”, pero:

—Hay días en que me pongo a pensar todo lo que yo hice, todos los talleres que hice, en realidad ahora, en esta vida que tengo, no me sirven. Mientras estaba en El Abrojo, en el Comité (de los Derechos del Niño de Uruguay) yo tenía lo que quería, pero ahora no tengo nada. Y viste cómo es la calle... está todo ahí, a la mano.

—Acá no hay muchas opciones para los gurises —dice Matías mirando la decena de personas desperdigadas a las diez de la mañana en la plaza: el señor que duerme por allí junto a su pareja que está en silla de ruedas y se acerca a vendernos unas curitas, el pibe algo mambeado que pide una

moneda en la puerta del supermercado—. Vas a Mandala o a Minga, o agarrás para la marihuana y el vino.

Belén dejó el liceo de Las Piedras y busca trabajo. Matías dejó el liceo y se metió en la UTU, le gusta más porque no hay tanta gente en la clase, ni son tantas horas ni tantas materias. Y puede hacer lo que más le gusta, aunque la profesora de dibujo le sugiera que, en lugar de hacer obras completas desde un trazo improvisado, ya es momento de que bosqueje la creación antes de pintar.

En blanco y el montón de lápices sobre la hoja.

—Pongo los colores y arranco con uno. Un trazo y veo hacia dónde me lleva. Nunca sé en qué va a terminar.

Esto, por ejemplo, empezó siendo una manzana —me muestra en su cuadernola de hojas rayadas— y acabó en un dibujo abstracto en el que se ven ciertas hojas moradas y verdosas, un par de ojos, máscaras.

Vamos hacia la estación de tren. En una hora debe estar en Montevideo para entrar a clase. En la puerta habrá otros jóvenes escuchando música de los 80 en una radio, otros y otras bailando *break dance* mientras prenden un cigarro durante el recreo. El sol pegará de costado en el frente de la Figari y abrigará a un hombre en situación de calle que durmió en la plaza de Durazno y Minas y ahora se acurruca con su mochila en uno de los bancos que se intercalan entre los árboles de la empedrada Nuestra Señora de Encina, en el corazón del barrio Palermo.

Pero antes de dejar el andén repasamos otros recorridos posibles. A Matías le gusta ir a acampar con su grupo de amigos a 25 de Agosto, donde hay muchos murales.

—Ese pueblo es un lienzo.

Dice mientras mira el horizonte estrecho que tiene de frente, que se corta cruzando las vías.

Proyecta lo que en él parece un derecho inalienable: atrapar la vida en una imagen.

